

## La Música en sus relaciones con la Religión

Por JOSE MIGUEL MIRANDA, O. C. D.

Chateaubriand, en su célebre *Genio del Cristianismo* nos ha dejado este poético párrafo:

“Es la Religión la que hace gemir a las Vestales en medio de la noche en sus casas tranquilas, la que canta con dulzura junto al lecho del desgraciado. Jeremías le debe sus lamentaciones y David sus penitencias sublimes. Más elevada en la Antigua Alianza, no canta sino los dolores de reyes y profetas; más modesta, aunque no menos real en la Nueva Ley, sus sonidos convienen igualmente a los poderosos y a los débiles, porque ha encontrado en Jesucristo la humildad unida a la grandeza.”

En estas palabras, el preclaro escritor parece hacer el esquema de estas sugerencias. Desde que el mundo es mundo existe esa armonía sublime y sonora, que un día vino a juntarse con la religión del hombre desde su aparición para seguir en todo momento una carrera paralela y simultánea. Y es que la música, en realidad, por el efecto que produce, por el sentimiento que inspira, tan profundamente espiritual, viene formando parte del alma humana. Ella aplacó la ira de los dioses y agradeció sus favores al ritmo de un sencillo sacrificio; ella acompañó a los sacerdotes y hechiceros en su magia aparatosa y ritual; ella animó los bailes y danzas de los pueblos primitivos y modernos, suavizó los dolores, aumentó las alegrías, animó las victorias, y sirvió de lenguaje y comunicación con el Ser Supremo. De ahí su valor pedagógico y educativo en los hombres y en los pueblos. Y esto aun los temperamentos más fríos lo reconocen, aunque no lo sientan. Es verdad que Napoleón prefería la música más estúpida como la menos desagradable para él, y que Víctor Hugo la definía, según cuentan, como el menos modesto de todos los ruidos, y que para Leibnitz consistía en un mero ejercicio de aritmética; pero junto a esta menudada apreciación, está el clamor universal de los pueblos y la pon-

deración reconocida de la intelectualidad. Gran parte de esta apreciación se debe sin duda al poder sobrenatural que la música encierra en sí. Parece como si el mismo Dios hubiera puesto en cada alma un sentido de musicalidad, junto a los cinco comúnmente reconocidos. Por eso creyó Estrabón, y no le faltaba razón, que la música es obra divina, y que los músicos son no sólo ministros de la divinidad, sino dioses en cierto modo. De ahí la circunscripción del arte musical a los sacerdotes. Macrobe observa que en todas las honras fúnebres de la antigüedad figuraba la música como parte esencial, porque se creía que el alma, al abandonar el cuerpo, se remontaba a la fuente originaria de los encantos musicales; y Ricardo Wagner, alma exquisitamente musical, decía: “. . . creo que este arte nos viene de Dios y vive en el corazón de todos los hombres iluminada; y creo que el que ha cantado una sola vez los sublimes placeres de este arte, es devoto suyo para siempre.”

De ahí también que la Iglesia de Cristo, religión verdadera del hombre que peregrina por este mundo, haya mirado siempre como cosa suya, como parte integral de su vida, el arte musical. ¿Y cómo no iba a mirar así, si el mismo cristianismo nació al impulso de un canto de amor, cuando la Virgen María, ante las alabanzas que la madre del Precursor le prodigara, entonó el Magnificat, reluciente de luz y de esperanzas?

Del hombre cristiano afirma San Clemente que es el mejor instrumento, pues el Verbo de Dios que nació de David y nació antes que él, despreciando la lira y la cítara y acomodando su alma y cuerpo al Espíritu Divino, canta a Dios con el “instrumento de muchas voces”; y de este instrumento que es el hombre, dice: “Tu eres mi cítara, mi flauta y mi templo; eres cítara por tu armonía, flauta por el espíritu y templo por el Verbo, de modo que ésta inspira, aquélla resuena y este último encierra al Señor” (1).

El cristianismo nos propone la música por dos razones, que son dos medios magníficos:

1) Porque la música religiosa redunde en la mayor gloria de Dios;  
2) Porque contribuye de una manera poderosa a la santificación y educación de nuestras almas.

1) Nadie ha sabido concebir y expresar la Religión, cualquiera de que se trate, como el cristianismo, que todo lo ve a través de la

(1) *Pedagogus*, lib. 3, cap. IV.

música, no precisamente a través de esa música erótica, que es más bien ruidos desarmoniosos, sino a través de una música elevada y sutil que remonta a las alturas. Para decirlo de una vez, afirmariamos que todo lo espiritual y sobrenatural lo sensibiliza mediante la sonoridad orquestal del arte musical.

“Materializando el paraíso nos habla la Religión de coros angélicos que rodean el trono del Altísimo, y al querer los artistas representar gráficamente aquel lugar de reposo, lo hacen siempre colocando entre las nubes ángeles que llevan en sus manos instrumentos musicales. Es decir, que imaginando un Dios personal, se le supone gozando las supremas delicias de lo único que es digno de El, la música” (1).

Ya Calderón decía que ante la suprema decisión creadora de Dios sólo era digna de respuesta la música, formulando el optimismo de un mundo que, por responder a ideas divinas, no puede menos de ser armonioso. De aquí que si el Apóstol define lo paradisiaco como “algo que ni ojo vió ni oído oyó”, acaso sea la música, dentro de lo cósmico, lo más congruente a los estados beatíficos.

Por eso también el Místico poeta del Carmelo, San Juan de la Cruz, al contemplar la obra creadora como una huella vibrante de la divinidad, la considera como un concierto musical en que cada criatura en su manera “da su voz de lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías de la tierra”. Por esta razón, al crear Dios todas las cosas por el amor a su Hijo, contempla al Verbo humanado como un Cristo Músico, resultando así el mundo entero como una armonía en Cristo. De ahí que en un arranque poético llegase a exclamar:

Mi Amado, las montañas  
los valles solitarios, nemorosos,  
las ínsulas extrañas  
los ríos sonoros,  
el silbo de los aires amorosos.  
La noche sosegada  
en par de los levantes de la aurora,  
la música callada,  
la soledad sonora,  
la cena que recrea y enamora (2).

(1) Luis Nueda: *De música*, Madrid, 1920, pág. 42.

(2) Cántico espiritual, *Canción XIV y XV*.

Todo eso es el Amado Cristo para el alma enamorada de San Juan de la Cruz: ríos que pasan cantando, silbos suaves y penetrantes que llaman con nostalgia, noches estrelladas, músicas calladas pero sonoras, auroras relucientes... Y todo en una generosa y extraordinaria confusión entre el Creador y la criatura.

William James, sin sospecharlo, ha tenido el mejor comentario a estas palabras sanjuanistas: “Gusto, dice, de la misteriosa música del agua que cae, de su remolino y chapoteo en las orillas, sin saber por qué. Dulce es esa voz que repite la música de la lluvia; más dulces las aguas silenciosas que en mí corren; como corres tú en el llano de la concordia de todo... ¡Qué omniscencia la de la música! Saber oír cantar a las aves sin querer falsear sus cantos con verbos y nombres... La naturaleza está encaminada hacia la constelación de la lira. Los niños que silban, la menor gaceta, el hambre de una muchacha, atestiguan el invencible hambre de música. Música que no hemos oído nunca es la música que a las Parcas cantaban las sirenas y la canción de su mística rueca. Esto es lo que todo discurso significa, lo que tiende a realizar toda acción. A esto se llega desde todas partes indiferentemente. Anacreonte, Hafiz, Horacio, lo encuentran tan fácilmente en el fondo de una canción báquica como Newton en las estrellas. Aprended las leyes de la música, nos dice Fourier y os descubrirá todos los secretos del mundo, de la anatomía, de la astronomía. Tal era ya la idea de Kepler. Parece que Orfeo no fuera una fábula. No hay más que cantar, y las rocas cristalizan. Cantad, y la planta se organiza, y el animal nace” (1).

Esa es la sonoridad de la “música callada pero sonora” sanjuanista, que el Creador derramó superabundantemente a través de todas sus obras.

¿Parecerá extraño ahora que el cristianismo, esencialmente musical, venga ahora y nos invite a mirar todas las cosas, internas al alma y externas, a través de esa música celestial?

“Alabad al Señor y cantad su gloria, obras todas de su mano excelsa”, nos dirá con el salmo davídico. Y tanto será el valor espiritualmente educativo que para él encierra, que ha querido vestir sus concepciones, sus obras, su arte, su liturgia, con el ropaje de la música. ¿La razón? Porque no hay medio tan propicio como ella para elevar nuestras mentes al Señor. Fijémosnos tan sólo en el aspecto litúrgico.

(1) *Diario íntimo*, tomo 2º

El Ángel de las Escuelas, Tomás de Aquino, refrenda bellamente este pensamiento: “El fin de las divinas alabanzas —viene a decir— es excitar los afectos del hombre hacia Dios, y todo aquello que sirva para este objeto, se empleará convenientemente en la Iglesia. Ahora bien; cosa manifiesta es que el canto y toda música en general es uno de los medios más poderosos para excitar de muy diversas maneras, según las variedades melódicas, los afectos del hombre; luego dispuso bien la Iglesia al revestir de música las divinas alabanzas” (1).

Que la música sea en efecto apta para mover los corazones hacia Dios, no hay nadie que lo ponga en tela de juicio, siendo como es una obra principalísima de sus manos. Hablamos de la música verdadera, de la que esencialmente eleva, no de la chavacana —si es que cabe este epíteto— que seca el alma.

Un día penetraba las naves de la Catedral de Milán aquel joven maniqueo que más tarde se llamó San Agustín. Fluctuaba entre la verdad y el terror... Bajo las bóvedas del templo resonaban augustinas las célicas melodías de los himnos que se entonaban al Creador por insinuación de San Ambrosio. El corazón de Agustín se conmovió; vibró su alma en sublimes pensamientos y de sus ojos rodaron ardientes lágrimas. Las divinas alabanzas, ataviadas de la majestuosa sencillez del canto litúrgico, habían ganado aquel desgarrado corazón, ávido de placeres, acercándole a las luminosas riberas de la verdad católica. “Quantum fleui in hymnis et canticis tuis, suavesonantibus Ecclesiae vocibus conmotus acriter.” Cuánto lloré, Señor, al escuchar las himnos y cánticos, y me conmoví en lo más hondo de mi ser al oír las voces que henchían de suaves armonías los ámbitos del templo” (2).

¿Puede darse una alabanza más cumplida de los efectos de la música encaminada a Dios?

Un célebre apologista, el P. Weis, ha escrito estas líneas: “Ningún arte de la tierra puede reemplazar al canto sagrado. Sólo él es digno de reemplazar a los ángeles para celebrar la más sublime elevación del hombre hacia Dios” (3).

Y hasta el mismo Jesús, quiso tributar gloria a su Padre entonando dulces himnos. Leemos en la Vulgata: “Et himno dicto, exierunt in montem Olivarum”; y dicho el himno, salieron camino del monte de los Olivos. *Himno dicto*, es decir, *himnosantes* en el texto griego,

(1) Summa, qex. 91, art. 2º, II-II, h. 5.

(2) Conf. Cap. VI, libr. IX.

(3) Arolag. del Crist. Terc. parte, pág. 262.

participio de aoristo, que vertido a nuestro idioma suena: Habiendo cantado ellos, esto es, Jesús y sus discípulos (1).

¿Cabe dudar que la música, la buena música, es un medio extraordinario para cantar la magnificencia del Creador?

2) Demos un paso más, y adentrémonos en lo más interior del hombre, en el alma: La música contribuye a la educación y santificación espiritual.

Que hable de nuevo el incomparable San Agustín:

“Me muevo a refrendar la costumbre de cantar en la Iglesia, porque veo cómo por el deleite de los oídos el ánimo remiso se enervoriza en sentimientos de piedad (2). Y este otro pasaje: Cantamus voce, ut nos excitemus.” Cantamos con la voz, para enervorizarnos.

El hombre ha querido, por decirlo así, arrebatar las notas a las arpas angélicas para experimentar, cantando, una centella de aquel volcán que incendia a los serafines en llamaradas de amor. Son por demás interesantes las palabras del Angélico “Salubriter fuit institutum ut in divinas laudes cantus assumerentur, ut animus infirmorum magis provocarentur ad devotionem”. Saludablemente se instituyó emplear el canto en las divinas alabanzas, a fin de que los espíritus débiles, se estimulasen mejor (3).

De aquí la verdad de la afirmación de Su Santidad Pío X: que una buena música con una buena letra, son los dos elementos importantísimos que integran el culto católico. Ni la música sola mueve a la devoción espontánea y sincera, ni únicamente la letra hace nacer en el alma cristiana el sentimiento verdadero de la divinidad. Son dos cosas que se complementan, mediante una compenetración acertada de ambos elementos. Y cuando esto se logre, se habrá logrado también la realización de nuestra fe sobrenatural. ¿Qué ciencia determinada, por elevada que se le crea, ha sabido traducir en tonadas musicales sus principios esenciales o sus enseñanzas prácticas? Ninguna.

“Solamente los principios de la Sagrada Teología, la simple enumeración de los cristianos dogmas, el credo católico, constituye una obra maestra musical en manos de un artista de talento que escribe encendido por la inspiración cristiana. Esto proviene de que la relación que une a la música con la Religión no es externa de forma, de motivos accidentales, sino de substancia y de esencia. De aquí que

(1) San Marcos, 14, 26.

(2) Conf. Libro X, c. 33.

(3) Summa qu. 91, art. 2º

la Religión y la música andarán siempre juntas, y nadie podrá romper el lazo que les une" (1). Diríase que han sido hechas la una para la otra.

Al ser y formar la música como parte integral de la Religión, carne de su carne, esencia de su esencia, ya nada cuesta afirmar que todo hombre cristiano es o debe ser esencialmente musical. Alma cristiana que no sepa y saboree de dulces melodías, de alabanzas sonoras, de himnos musicales, le falta mucho para ser plenamente cristiana. Porque si Cristo es el *Verbo cantor* que dice San Clemente, el eternamente musical, no hay medio más adecuado para llegar a El, que mediante una musicalidad continuada de nuestra alma, interna por medio del silencio sonoro de nuestros actos interiores, o externa, mediante la cooperación armónica de cada hombre con los demás, hasta formar un concierto orquestal de toda la creación, que dirija alabanza cumplida a Aquel de cuyas manos salió.

Un místico nos declarará mejor este pensamiento: "Desde la eternidad nos eligió nuestro Padre del cielo en su Amadísimo Hijo, y escribió nuestros nombres con el dedo de su amor en el libro vital de su eterno saber. A esta lista tenemos que responder eternamente con todas nuestras fuerzas. Es el principio de todo canto, angelical y humano, que ya jamás se apagará. Amar a Dios y al prójimo hacia Dios, por Dios y en Dios, es la hermosísima voz del canto eterno cuyo arte y ciencia es el Espíritu Santo, y el Cantor, Director y Supremo Maestro Cristo Jesús, ya que canta desde el principio, cantará eternamente para nosotros y será tema de todos nuestros eternos cánticos. Y aun cuando ni Dios ni los ángeles ni los espíritus felices pueden emitir sonidos, ni para ello tienen órganos, no obstante afirma la Escritura Divina que, antes de la Encarnación, Dios habló a los Profetas, y la santa Iglesia dice que los ángeles entonan incesantes el Santo, Santo, Santo. Es que aun cuando los espíritus puedan apropiarse voces plásticas, no las necesitan, pues todo es intelectual espectáculo" (2).

Y sólo nos queda exclamar con R. Tagore, el poeta indio: "Señor, aquí me tienes sentado a tus pies. Déjame sólo hacer recta mi vida, como una flauta de caña, para que Tú la llenes de música... Y acordaré mi música con la música de lo eterno, y cuando haya cantado su último sollozo, pondré mi arpa a los pies de lo callado" (3).

(1) Cartas Past. I, p. 234.

(2) Ruysbroeck, *Los siete grandes del amor*.

(3) Ofrenda lírica.

## Agenda

### ALBERT EINSTEIN

"El dominio del átomo ha cambiado todo, excepto nuestro modo de pensar, y con ello vamos derivando hacia una catástrofe sin paralelo." En verdad, extraña a primera vista este concepto del hombre que abrió las puertas a la energía atómica, pero es necesario estar sobre algunos antecedentes para juzgar esta opinión de Einstein. Realmente cuando el sabio comenzó sus estudios sobre el átomo, solamente contaba 16 años; desde entonces prosiguió con verdadera pasión por los caminos minúsculos de la gigantesca potencia. En 1939, puso al mundo sobre el camino para llegar a la bomba atómica; pero entonces el científico previno que su fuerza debía ser empleada para amenazar a los tiranos, mas nunca para destruir los pueblos. El genio conocía ya los maravillosos poderes de su creación pero también conocía los desastres que podía causar. Y lanzó entonces un llamamiento saturado de angustia, llamamiento que no era para la especie humana, sorda a lo sensato cuando ve el poder a su alcance. A pesar de que la energía atómica ha progresado más en cuanto al uso bélico que a la aplicación pacífica, los estudios de Einstein han reportado a la humanidad fuerzas de progreso maravillosas, que de ser bien aplicadas, transformarán la faz del mundo en pocas décadas.

El 18 de mayo del presente año murió en Princeton, Estados Unidos, Alberto Einstein. Había nacido en el año de 1879. Dedicó la totalidad de su vida a los estudios científicos hasta perfeccionar su teoría de la Relatividad, con la cual revolucionó la física. En el año de 1931 conquistó el premio Nobel, por su nueva teoría sobre efectos fotoeléctricos, que dio la pauta para el invento de la televisión. Sus últimos años los dedicó a la investigación en el Instituto de Estudios avanzados de Princeton.

### MARCO FIDEL SUAREZ

El 23 de abril de 1955 se celebró en el país con gran solemnidad, el centenario del nacimiento de Marco Fidel Suárez, máximo cultivador de la lengua castellana. Marco Fidel Suárez era oriundo de Bello en el Departamento de Antioquia. A pesar de sus precarias condiciones económicas, logró hacer varios años de estudio, primero en la escuela de su pueblo, y más tarde en el seminario de Medellín. Entre sus primeros maestros se cuentan don Ramón Pérez Arias y los Presbíteros Joaquín Bustamante y Baltasar Vélez. Don Marco viajó a Bogotá en el año de 1880 y en esta ciudad se dedicó a la enseñanza en varios colegios, al tiempo que continuaba sus estudios e investigaciones de filosofía, gramática y literatura. Por su trabajo *Ensayo sobre gramática castellana*, obtuvo el triunfo en el concurso abierto por la Academia de la Lengua con motivo de celebrarse el primer centenario